

LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.

DISCURSO II.

Una est columba mea, perfecta mea.
Una sola es la paloma mía, la perfecta
mía.

(CANT. VI, 8.)

Si las palabras del Cantar de los Cantares han de referirse á María, ignoro el por qué Dios la llama única, pues no cabe duda, en que María no es única por la nobleza de su origen; otros personajes muy celebrados se mencionan en la bendita descendencia de Abraham, en la tribu escogida de Judá, y en la real estirpe de David que fueron herederos muy celebrados por una larga serie de antepasados, por el honor del cetro, por eminencia de obras ó por dignidad de sacerdocio. María no es única por candor de inocencia, pues en el principio del mundo se vieron tambien los Abeles, así como se admiraron los Juanes en los albores de los nuevos dias. María no es única por abundancia de gracias, ya que fueron enriquecidos con gracias muy preciosas, ántes que Ella, los Patriarcas y los Profetas, así como los Apóstoles y los Mártires despues de su aparicion en el mundo. María no es única por el conocimiento de las cosas celestiales, pues, los Cielos se rasgaron á Ezequiel en el Gobar, á Daniel á orillas del Tigris, y á Elías en el monte Carmelo, quienes anunciaron, no tan solo las cosas presentes, si que tambien los sucesos ocultos entre las tinieblas de lo futuro. María no es única por el dón de milagros, pues, por muy detenidamente que se examinen todos los instantes de su vida, no vemos que se citen de Ella ni uno solo de los prodigios que hicieron célebre el nombre de Moisés, ó los verificados en todo tiempo por los héroes del cristianismo. Luego; ¿por qué razon Dios, dirigiendo la palabra á María, la llama única: *Una est columba mea, perfecta mea*? A esas observaciones se contesta, hermanos míos,

con la festividad de hoy. En efecto; si todos los infelices descendientes del padre desobediente, consumada la primera culpa, son concebidos hijos de ira, vasos de corrupcion y esclavos del Infierno; hoy, celebrando la Inmaculada Concepcion, celebramos á Aquella, que ha sido la única criatura preservada de la corrupcion del pecado original; corrupcion inevitable á todos los demás descendientes de Adán. Y si otros cristianos vivieron luego en la tierra, que amaron su candor, imitaron su constancia, practicaron su caridad, ó se ejercitaron en las virtudes, Ella sobrepujó á todos en grado eminente, puesto que ninguno ha llegado, ni podrá jamás igualarla en la inocencia de su concepcion, por haber sido la única inmaculada, aún ántes de ser concebida. Apresurémonos, pues, amados hermanos, á considerar á María en su concepcion, porque cuando la háyamos visto, por la liberacion de toda mancha, adornada de un privilegio, que ninguna otra criatura podrá gozar juntamente con María, tendremos sobrados motivos para concluir, que verdaderamente es única. Saludémosla ántes con el Arcángel. A. M.

Sumamente grato me es recordaros ahora las palabras, que en el Génesis se ofrecen á la consideracion de todos los fieles, relativamente á la creacion del primer hombre, y con las cuales creo que es muy fácil reconocer en María la exencion de toda culpa. Hé ahí, pues, que Dios forma á Adán; pero, ántes de poner manos á la obra, toma consejo con su sabiduría, llama al eterno Amor, y formado su cuerpo con un poco de barro, le inspira en el rostro un soplo de vida, ó sea, une á aquel cuerpo un alma espiritual. Esta alma, salida hermosa de las manos del Criador, era santa, y se elevaba ya al Cielo arrobada en alas de la caridad; era pura y limpia de la más leve culpa; se presentaba con la sonrisa suavísima de la gracia; era inocente y llena de dotes sobrenaturales; crecía en la integridad virginal de la belleza. Ahora bien; supongamos que entónces Dios, en vez de criar á Adán, hubiese criado á María; ¿os cabría duda alguna acerca de la inmaculada concepcion de esta Virgen? No por cierto; y si el hecho se hubiera realizado de esta manera, nada podría alegarse en contra de esta concepcion inmaculada. Pues bien; en el Génesis leemos de María más de lo que se lee de Adán. En efecto; queriendo la Iglesia que contemplemos en la Virgen una obra premeditada en los eternos Consejos aún ántes de los siglos, le aplica las frases de los Proverbios, y la llama concebida aún ántes de los dias de la creacion, la elogia salida de la mente de Dios ántes que otra criatura alguna, y

la celebra concebida en la eterna idea ántes de que existiesen en ella los Angeles y los Santos (1). Aún no existían los cielos, ni la tierra, ni nada de cuanto se admiró más tarde como obra de la omnipotencia divina, y ya María apareció en la mente y en el corazón de Dios, festejada como obra suprema de la futura creación. En verdad, que Dios festejaba en María á su Amada, y á Ella dirigía sus pensamientos cuando infundía vida y movimiento al Universo. Dios crió el sol, vistiéndolo de inmensa luz, para que pudiese iluminar la tierra; y con placer escribió en el ancho disco del sol el nombre de María. Dios crió la luna, para que con su suave blancura alejase las tupidas tinieblas de la noche; y por amor imprimió en el blanco manto de la luna el nombre dulcísimo de María. Dios redondeaba las esferas, separaba las aguas, elevaba los montes, ahondaba los valles, producía las yerbas y abría el cáliz de las flores; y con la mayor complacencia grababa el nombre de María en las flores, en las yerbas, en los valles, en los montes, en las aguas y en las esferas en medio de un grupo de piedras preciosas. Así, pues, María es la primera criatura escogida, que Dios predestinó para la gracia y la gloria. ántes que toda criatura humana y angélica. Por consiguiente, ya que no cabría duda alguna de creerla concebida inmaculada si Dios la hubiese criado ántes que á Adán, ó tambien en vez de Adán, no puede ménos que manifestarse inmaculada en todo tiempo y constituida en el órden de una incomprensible eternidad.

Y en verdad, que no podría ser de otra suerte. Yo contemplo por segunda vez á aquel que, criado primero por Dios, fué nuestro padre; y así como desde los primeros instantes de su vida le veo adornado de la inocencia y enriquecido con la gracia, tambien debemos decir, que María fué adornada de la inocencia y privilegiada con la gracia desde el primer instante de su concepcion. Efectivamente; no puede negarse, que todas las gracias que Dios concede á las criaturas, debieron derramarse en María con mayor excelencia y abundancia, para que Ella, como Señora, no apareciese inferior á los siervos, y como Reina, no tuviera que humillarse ante una pureza más inmaculada en alguno de sus súbditos. ¿Y acaso no es Señora de todas las criaturas Aquella, á cuyo dominio están sometidas todas las criaturas? ¿Por ventura no es Reina del Cielo y de la tierra Aquella, que es Madre del coronado Rey del Cielo y de la tierra? Así, pues, sus gracias debían sobrepujar sin duda alguna á las gracias

(1) Prov. VIII, 23.

concedidas á los siervos; y, por consiguiente, no pueden ménos de reconocerse en Ella las gracias que recibiera Adán en su creación. Y así como Adán en su creación no tuvo mancha alguna, no le oscureció ninguna falta, tampoco María en su concepcion pudo ser empañada por ninguna mancha, ni ser oscurecida por ningun pecado.

¿Y cómo podía ser de otra suerte, hermanos míos, si María vino al mundo para la rehabilitación de Adán caído? Yo, por tercera vez, dirijo mi mirada al Paraíso terrenal. Allí, donde todo respiraba éxtasis y maravilla, recibió vida la culpa; allí Adán, no contento de una grandeza que le constituía rey del Universo, se dejó seducir, queriendo ser otro Dios. Pues bien; en este mismo lugar descendiendo el Señor, y después de haber condenado al prevaricador al duelo, al sudor y á la muerte, dice, dirigiéndose al seductor infernal: Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; Ella aplastará tu cabeza (1). ¿Y quién no ve, que no se hubiera alcanzado esta victoria, si María hubiese estado por un solo instante en poder del demonio? Un día fuiste mi sierva, la hubiera dicho Satanás, un tiempo fuiste mi esclava, ni tu corazón fué tan cerrado á mis conquistas que no hubiese erigido tambien en él mi trono y hecho tremolar en él mi bandera. ¿Y os parece, hermanos míos, que Dios podía permitir un tal desdoro en María? Y al paso que por Adán, reo más tarde de culpa, se mostró pródigo de gracias, ¿creeremos que podía mostrarse avaro de estas gracias para con Aquella, que venía para la rehabilitación de Adán caído?

Pero ¿á qué proseguir yo este parangón entre Adán y María, cuando no cabe parangón entre ambos? Examinemos un poco los sagrados libros, y con los símbolos que la describieron, con las figuras que la anunciaron, y con los varios vaticinios que la predijeron, busquemos, hasta donde sea posible, quien es María. María es la vara de Aarón, que se reviste de blancas flores; el vellón de Jedeon, que se empapa de celestial rocío; la torre de David, jamás vencida en asalto alguno; el arco iris de Noé, sereno y de varios colores; el zarzal del Sinaí, siempre ardiente é inextinguible; la nube del Carmelo, que se convierte en lluvia fructífera y saludable; y la hermosa de Engaddi, que con su sonrisa hace sonreír los campos. María es el Arca, que surca majestuosa las aguas del diluvio universal; la paloma noética, que muestra en sus lábios un ramo de oliva en señal de paz; el iris aparecido en las nubes como pacto de alianza; la aurora mensajera

(1) GEN. III, 15.

de una mañana hermosa; el sol anunciador de un claro día; la luna, que desvanece las tinieblas de la noche; la fuente sellada, donde no se abreva rebaño impuro; el huerto cerrado, cuyas yerbas no están manchadas por mano extraña; el cándido lirio de los valles, la virginal rosa de Jericó y la majestuosa palma de Cades. María es Judith, que tiene debajo sus piés la cabeza de Holofernes; es Jael, que tiene en sus manos el clavo aterrador de Sisara; es Débora, con la elocuencia que comunica fuego á las huestes de Israel; es la Esther, que mueve los ardientes afectos de Asuero; es la Abigail, que aplaca la cólera del enemigo; y la Sulamite, que enamora los corazones. María es aquella de la cual fueron tan solo sombra Abel, por su piedad; Abrahán, por su fé; Isaac, por su obediencia; Jacob, por ser tan querido de Dios; José, por su castidad; Onás, por su bondad; y Samuel, por ser tan religioso; es aquella de la cual fueron remotas imágenes la modesta Ruth, la hermosa Raquel, la fecunda Sara, la fuerte Rebeca, y la fatídica Ana; es aquella, que vislumbraron David en el Arca santificada, Jacob en la escala misteriosa; Isafas en la Virgen singular, Mardoqueo en su caudalosa fuente, Ezequiel en el trono rodeado de un aspecto semejante al arco iris, Salomon en el templo lleno de riquezas y santificado por la presencia del Salvador.

De tales figuras, símbolos y vaticinios, que anunciaron á las gentes esta Mujer única y singular por espacio de cuarenta siglos, ántes de su aparicion en medio del mundo, se deduce su concepcion inmaculada. Dios, que no hace grandes preparativos sinó por cosas verdaderamente grandes, habiendo hecho preceder á María tantos símbolos y tantas figuras, mostró, que María había de ser verdaderamente grande desde su concepcion; y Ella no hubiera podido ser verdaderamente grande desde su concepcion, si desde aquel instante no hubiese sido libre de toda mancha, de toda culpa. Dios, que á ninguna otra criatura hizo preceder de tantos vaticinios y tantas señales, con todos los señales y vaticinios que hizo preceder á la concepcion de María, mostró, que quería hacer por Ella lo que no habría hecho por ninguna otra criatura; y no habría hecho con Ella lo que no hizo por todas las demás criaturas, si como éstas hubiese sido inficionada por el veneno original. En fin, Dios, que aún ántes de que fuese Ella concebida, hizo anunciar á María de tantas maneras, mostró, que desde entónces la amaba como el objeto más tierno de su corazón; y por cierto no la hubiera amado de esta suerte, si desde aquel instante María no hubiese sido toda pura, toda inocente, toda inmaculada.

No obstante, en todo lo que he dicho, no he citado ninguno de aquellos testimonios, que si bien en su sentido literal deben entenderse de la Sabiduría encarnada, la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, las aplica expresamente á María. Nada he dicho de las palabras de los Proverbios, las cuales nos dicen, que Dios la poseía desde el principio de sus caminos (1); nada de las del Eclesiástico, las cuales nos aseguran, que Dios la creó en el Espíritu Santo (2); nada de las del Salmista, el cual anuncia, que el Altísimo la santificó, considerándola como su tabernáculo (3); nada del libro de los Cantares, donde es parangonada á la azucena entre las espinas (4), ó es celebrada bella y sin mancha alguna (5). Ahora bien; ¿cómo podrían apropiarse á la Virgen estas frases tan llenas de poesía y de magnificencia, si hubiese sido concebida con la culpa original? Manchada por el pecado, no hubiera podido decirse, que el Señor poseía á María desde el principio de sus caminos, porque, en tal caso, sus primeros latidos hubieran pertenecido al Infierno. Manchada por la culpa, no hubiera podido decirse, que Dios crió á María en el Espíritu Santo, porque entónces los primeros instantes de su creacion hubieran correspondido al demonio. Inficionada por la culpa, no hubiera podido decirse, que el Señor santificó en María su tabernáculo, ya que, desde aquel instante, el enemigo infernal la hubiera poseído ántes que el Señor la hubiese santificado. Manchada por la culpa, no hubiera podido llamarse azucena entre espinas, ni toda bella, puesto que esta azucena hubiera sido punzada por las espinas; y también porque esta belleza hubiera sido contaminada. Así, pues, ¿cómo entender tantas frases sin admitir la inmaculada concepcion? Por consiguiente, hermanos míos, es preciso arrancar todas las páginas de la Biblia, ó confesar, que María fué concebida inmaculada.

No concluye todo aquí. Lo que hace verdaderamente singular á María es su divina maternidad, y es con relacion á esta maternidad que debe hablarse de sus glorias. ¿No os parece, pues, que con relacion á esta maternidad, debía ser Ella inmaculada en su concepcion? Ser Madre de Dios significa, sobrepujar á los Querubines, á los Serafines en la santidad, en la gloria y en la dignidad á cuantos de entre los Angeles y los Santos fueron ó podrán ser muy celebrados por su

(1) PROV. VIII, 22.

(2) ECCL. I, 9.

(3) PSLM. LXXXVI, 5.—PSLM. XLV, 5.

(4) CANT. II.

(5) CANT. IV, 7.

dignidad y su gloria. Ser Madre de Dios significa, elevarse á la mayor de las grandezas; y á una grandeza tal, que, á excepcion de la de Dios, no se puede imaginar otra mayor ni semejante. Ser Madre de Dios significa, cumplirse en Ella todos los oráculos de los Profetas, todas las esperanzas de la tierra, todos los deseos del Cielo. Ser Madre de Dios significa, estrechar con Dios los vínculos más íntimos y más queridos cuales son los de un hijo con su madre.... Yo no sabría comprender de que manera este hijo, siendo sapientísimo, siendo omnipotente, siendo Dios, hubiese podido permitir, que la propia Madre hubiera sido, aún hasta por un solo instante, sierva y esclava de los abismos.

Y en efecto, hermanos míos; si María no hubiese sido libre de toda mancha en su concepcion, quedarian oscurecidas todas las demás glorias procedentes de su Maternidad. Por la Maternidad divina Ella es Reina del Cielo; y sin su concepcion inmaculada esta gloria sería oscurecida, puesto que ántes hubiera sido súbdita del Infierno. Por la Maternidad divina Ella es la Madre de la gracia; y sin su concepcion inmaculada esta gloria quedaría borrada, por lo mismo que ántes de ser Madre de la gracia hubiera sido hija del pecado. Por la divina Maternidad Ella es la Abogada de los pecadores; y sin su inmaculada concepcion permanecería oscurecida esta gloria, ya que ántes de ser la Abogada de los pecadores hubiera sido su compañera en la culpa. Por la divina Maternidad Ella está unida con nobilísimos lazos á la Santísima Trinidad; y sin su inmaculada concepcion esta gloria sería nula, porque ántes de estar unida con estrechísimos vínculos á la augustísima Trinidad, hubiera estado unida al demonio con impuros lazos. Examinad del mismo modo todas las glorias propias de María por su divina Maternidad, considerad todas las prerogativas que debieron adornarla, ponderad todos los privilegios que debieron singularizarla, y considerad los honores á que debió ser elevada; y hallareis siempre, que tantas glorias, tantas prerogativas, tantos privilegios y tantos honores se oscurecieran sin su inmaculada concepcion. Sin su concepcion inmaculada, María hubiera estado un tiempo afeada por la culpa, hubiera sido un instante contaminada por el hálito del Infierno, hubiera estado un tiempo manchada por la bava del demonio. Ahora bien; ¿quién podría creer esto posible en Aquella que debía ser la Madre de Dios? La Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía preparar en sus entrañas una casa digna de Dios, dispuesto á descender en ellas; y como que todo es santo en este Dios, de suerte, que no puede fijar sus ojos en nada que no sea

santo (1), ni puede ver sinó santos á su alrededor, aún cuando se trate de ofrecerle sacrificios, servirle y adorarle (2); tambien todo debía ser santo en su Madre, santos los votos, santos los pensamientos, santas las ideas, santos los afectos y santos los deseos. La Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía, naturalmente, experimentar los saludables efectos de este Dios descendido para tomar en Ella carne humana; y por lo mismo que este Dios se hizo hombre en Ella para traer la justicia entre los pecadores, la limpieza entre los inmundos, la pureza entre los impuros y el triunfo entre los vencidos; tambien su Madre debía ser vencedora entre los vencidos, pura entre los impuros, limpia entre los inmundos y justa entre los pecadores. La Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía en su concepcion aproximarse, cuanto fuese posible, á la prodigiosa concepcion que tenía que verificarse en sus virginales entrañas; y como que esta prodigiosa concepcion fué enteramente obra de Dios, y, por consiguiente, sin la menor sombra de mancha alguna, tambien enteramente obra de Dios, y sin la menor sombra de mancha alguna, debía ser la concepcion de su Madre. Finalmente; la Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía participar, en cierto modo, de las dotes de este Dios hecho Hijo suyo; y como que este Hijo suyo fué siempre inmaculado, inocente y santo, tambien su Madre debía ser siempre santa, inocente é inmaculada.

Tal debía ser María, y tal fué. Llegó, finalmente, el día suspirado por los siglos, en el cual se verificó su concepcion; y Dios, con el rostro todo resplandeciente de la inmensa luz que comunicó al sol, y con las manos llenas de los refulgentes astros, con los cuales quiso embellecer las altas esferas, se puso á criarla en un arranque de amor ardentísimo. La hizo bella, la hizo santa, la hizo perfecta. Así agradada salió del soplo omnipotente de Dios el alma de María, la cual emprendiendo rauda vuelo estaba á punto de unirse al cuerpecito formado en el seno de Ana, cuando la vió el príncipe de los abismos. El orgulloso, acostumbrado como estaba á los triunfos, así que la vió, la contaba ya entre sus víctimas; y cuanto más celestiales descubría sus formas, y más divino su aspecto, tanto más, gozando de la nueva victoria, abría las fauces para empañarla con su pestífero aliento, y extendía los brazos para sujetarla entre sus ardientes garras. Mientras tanto eran espectadores los ángeles y los demonios; aquéllos, coro-

(1) HABAC. I. 13.

(2) LEVIT. XI, 44.

nada la frente de azucenas, prontos á cantar las glorias de la bellísima alma en el momento de haber triunfado la gracia; y éstos, riendo con la risa de la soberbia, prontos á cantar las victorias del Infierno si hubiese triunfado su capitan. El alma de María, que palpitaba todo caridad, al momento de entrar en el cuerpo, se encontró frente á frente con aquel antiguo homicida, el cual abría sus inmundas fauces para infestarla; pero Ella emprendió más raudo vuelo; y habiéndose dejado caer sobre el impío, aplastóle la cabeza, y sujeto por la cerviz, lo tuvo debajo sus piés derrotado. Dios la tomó en sus brazos en el calor de la lucha; y cuando hubo visto al dragon infernal envilecido y rugiendo de coraje debajo el calcañar virginal, ciñóle de estrellas las sienes, puso el sol en su rostro, y por escabel la luna; la rodeó con los colores del arco iris, cubrióla con el manto de la aurora, imprimió en su frente el rayo de su belleza, la besó con el beso de su amor, y en brazos de Serafines la constituyó Soberana del Universo.

Hé ahí, hermanos míos, lo que entendemos por la inmaculada concepcion de María. Por esta concepcion inmaculada nosotros entendemos una gracia que recibió solo María, y con la cual Dios la preservó, por los méritos infinitos de Jesucristo su Hijo, de la mancha del pecado original, desde los primeros instantes de su vida. Ahora bien; si todos nosotros fuimos concebidos en la culpa original, si desde los primeros momentos de la existencia nos es transmitido el pecado de Adán, si hijos desgraciados de un padre rebelde la podredumbre hereditaria nos infesta en el seno mismo de nuestra madre; desde el momento que solo María no tiene parte alguna en esta vergonzosa herencia, por lo mismo que María salida sola de las manos del Criador, pura y limpia de toda mancha apareció en su misma concepcion; habiendo Ella sola sido llena de una gracia jamás oscurecida por sombra alguna, de una inocencia no deslucida por ningún lunar, y de una santidad no empañada por hálito alguno, podemos y debemos decir, que Ella es verdaderamente única, verdaderamente singular: *Una est columba mea, perfecta mea una est.*

Regocijémonos, pues, hermanos míos, en la santa alegría de este día. Alégrese el perverso Satanás por la fácil victoria, que alcanza sobre los hijos de los hombres; cante igualmente el himno del triunfo sobre nuestra derrota. El orgulloso vencedor deberá siempre confesar, que fué vencido por Aquella contra la cual se estrellaron todas sus seducciones, y ante la cual cayó todo su poder. Y así como María lo venció por sí misma, puede vencerlo también por nosotros, ya que aquel Dios, que se encerró en sus virginales entrañas, le dió el

poder de ahuyentar al soberbio enemigo en las ocasiones más terribles. Hé ahí porque la devocion á la Inmaculada debe considerarse como una poderosa defensa contra las asechanzas del demonio. Verdad es, por desgracia, que el pérfido trabaja en nuestra ruina, y que todo lo remueve para perdernos; pero, por lo mismo que María le venció desde el instante que fué concebida, si recordando su concepcion acudimos á Ella, le veremos anonadado é impotente para causarnos daño alguno. Regocijémonos, pues, repito una vez más, entreguémonos, hermanos míos, á la santa alegría de este día; avivemos nuestra fé, reanimemos nuestra esperanza, encendamos nuestra caridad, y dirigiéndonos á María con ardiente confianza, dediquémosle nuestros afectos y consagrémosle nuestra devocion.

¡Oh María! Vos sois la gloria del género humano, el modelo de las almas perfectas, la esperanza de los corazones afligidos, y el consuelo en medio de todas las angustias. Y nosotros os amamos, os invocamos, y os ofrecemos nuestros obsequios. Bendecidlos, querida Madre, para que crezcamos en frutos de vida eterna, y sirvan éstos de medio para nuestra salvacion. Vos ¡oh María! conoceis nuestra enfermedad, y no ignorais nuestra inclinacion al mal; y nosotros, por el glorioso privilegio á Vos sola concedido de ser libre de esta inclinacion y de esta enfermedad, imploramos vuestra asistencia, para poder combatirle, vencerle y gozar un día la gloria de ser admitidos en el Reino de la inocencia y de la santidad entre los bienaventurados de la inmortal beatitud.